

« sotros segun el estado en que nos encuentran, y forman
« las visiones que nos presentan segun los pensamientos que
« reconocen que tenemos en el espiritu. Asi que, si nos en-
« cuentran medrosos y turbados, pronto nos atacarán á la
« manera que los ladrones atacan una casa, que saben no
« ser guardada por nadie, y aumentarán con nuevos temo-
« res los que ya tenemos en nuestro espiritu, juntando á
« ellos visiones y amenazas, lo cual atormenta miserable-
« mente á una pobre alma. Pero si, por el contrario, nos
« encuentran llenos de gozo en Nuestro Señor; si nos en-
« cuentran meditando sus mandamientos y considerando
« que, estando en sus manos todas las cosas, los demonios
« no pueden nada contra los cristianos, no tendrán nin-
« gun poder para dañarnos; sino que, viendo á nuestras
« almas con estos sentimientos, se retirarán con confusion
« y vergüenza. Asi encontrando á Job fortificado contra él
« de esta manera, le abandonó; y encontrando á Judas
« desnudo de semejantes armas, le hizo esclavo suyo. Por
« esto, si queremos triunfar de este enemigo, tengamos
« siempre en el espiritu santos pensamientos, estén conti-
« nuamente nuestras almas en el gozo por la esperanza de
« los bienes que han de venir y entonces consideraremos
« todas las ilusiones de los demonios como humo y vapor
« y más presto le veremos escaparse que perseguirnos.
« Porque, como ya dije antes, son extremadamente tími-
« dos, pues ellos no ignoran cuál es el ardor de aquellas
« llamas eternas destinadas para su suplicio.

« Pero para que vosotros tengais todavia menos miedo
« á esos espiritus de tinieblas, quiero daros una señal que
« os servirá para conocerlos. Cuando os aparezca alguna
« vision, en vez de dejaros turbar por el miedo, preguntad
« con seguridad al que se presente, diciéndole: ¿Quién eres
« tu y de dónde vienes? Porque si esta aparicion es de un
« angel bueno, os aclarará vuestras dudas con sus respues-

« tas y cambiará en alegria vuestro temor; pero si es un
« demonio, será al instante derribado al ver la firmeza de
« vuestro espiritu, no habiendo prueba mayor de tenerlo
« tranquilo que preguntarle de este modo quién es y de
« dónde viene. Asi el hijo de Navé fué informado de lo que
« deseaba saber, y el demonio no pudo ocultarse á Daniel
« cuando le preguntó. »

Capitulo III.

Este discurso de Antonio llenó de gozo á todos los asis-
tentes, aumentó en los unos el amor á la virtud, arrojó
del espiritu de los otros la negligencia, hizo cesar la vani-
dad de los que tenian demasiado buena opinion de si mis-
mos, les persuadió á todos á despreciar las asechanzas de
los demonios y les llenó de admiracion por la gracia tan
particular que Dios le habia hecho de discernir los espiri-
tus.

Pero mientras que el santo animaba á sus discipulos, su
prudencia, igual á su zelo, le inducia tambien á no perderse
de vista á si mismo. Retirábase frecuentemente á una com-
pleta soledad para vacar solo á la salvacion de su alma y,
pasando alternativamente del retiro á los ejercicios de cari-
dad, se llenaba en la oracion para no dar más que lo que le
sobraba.

Por una aparicion de un espiritu celestial supo la vida
que él en particular debia hacer. Encontrándose un dia
tentado de tedio y agitado por diversos pensamientos, que-
jóse con Dios de que esta turbacion le impedia de obrar su
salud y le rogó que le inspirara lo que debia hacer. Despues
de esta oracion, salió de su celda y vió á alguno que se le
parecia perfectamente, como si hubiera sido otro él, el cual
estaba sentado y se dedicaba á hacer esteras con hojas de
palma, y luego dejaba el trabajo para hacer oracion, despues
de la cual volvía á emprender el trabajo, el cual abandonaba

luego otra vez para comenzar de nuevo la oracion. Era un angel que se le aparecia bajo esta forma y quien le dijo que lo hiciera asi y seria salvo. Esta representacion sirvióle de regla de conducta; conformóse á ella pasando sucesivamente de la oracion al trabajo de las manos y del trabajo á la oracion, si es que pueda decirse que interrumpiese jamás su oracion, pues que trabajando tenia habitualmente su espiritu elevado á Dios.

Su trabajo ordinario, conforme á esta aparicion del ángel, era hacer esteras, y los solitarios se ejercitaban comunmente en esto, porque, haciéndolo sentados, esta posicion les era más cómoda para conservarse en el recogimiento. Sin embargo, no dejaba él de trabajar alguna vez la tierra y cultivar jardines.

Hemos visto que no comia hasta despues de la puesta del sol. En ciertos tiempos pasaba hasta cinco dias sin probar alimento, y, despues de un tan prolongado ayuno, se contentaba con un pan de seis onzas que remojaba en el agua con sal. Otras veces añadia á este algunos dátiles; y cuando fué viejo, sus discípulos obtuvieron que les permitiese llevarle todos los meses aceitunas, legumbres y aceite.

Sucedíale frecuentemente pasar la noche entera en oracion, ó bien, despues de haber descansado hasta media noche, se levantaba y oraba con los brazos extendidos hasta la salida del sol y aun hasta las tres de la tarde. Encontraba tanto gusto en este santo ejercicio que cuando veia acercarse el dia, exclamaba: ¡ Oh sol! ¿ porqué vienes tu « á distraerme con tus rayos como si no te levantases sino « para robarme la claridad de la verdadera luz? » Casiano, que cuenta este rasgo del santo, añade que, hablando de la oracion, decia que la de un religioso no era perfecta cuando orando conocia y se apercibia él mismo de que oraba; lo cual demuestra cuán elevado sobre los sentidos estaba en sus oraciones.

Las dulzuras que en ellas gustaba le alejaban tanto de los cuidados del cuerpe, que miraba el comer y beber como necesidades afflictivas, á las que solo satisfacía á pesar suyo. Hasta se daba vergüenza de hallarse á ellas sujeto; lo cual hacia que, estando algunas veces á punto de sentarse á la mesa con sus hermanos, les dejaba, ó para no comer absolutamente nada, ó para comer solo, avergonzándose de hacerlo delante de los otros.

Todo el curso de su vida era duro y trabajoso; pero esto no impedia que usara de gran dulzura para con los demás, sobre todo en lo tocante á las austeridades del cuerpo; porque aun cuando las creyera muy útiles, queria que se hicieran con discrecion, principalmente por los solitarios jóvenes, diciendo que, sin esta templanza, si ellos quieren guiarse por su propio juicio en estos ejercicios, corren riesgo de ser arrastrados por la ilusion y tener caidas. Hallándose un dia en conferencia con muchos ancianos del desierto, tratóse la cuestion sobre la virtud más propia para librar á los solitarios de los lazos del demonio y conducirlos más seguramente á la perfeccion. Unos decian que eran los ayunos y las vigiliias; otros el desapego de todas las cosas; otros el mayor retiro en el fondo del desierto, y otros el ejercicio de caridad hacia el prójimo. San Antonio, despues de haberles oido á todos, decidió que era la discrecion. « Porque, les decia él, aun cuando todas las virtudes que « acabais de indicar sean necesarias á los que quieran poseer á Dios, la experiencia que tenemos de la caida de « muchos no nos permite establecer en estas cosas el principal y más infalible medio de llegar á este fin. Y frecuentemente hemos visto á solitarios muy exactos en la « observancia de las vigiliias y ayunos, á otros muy enamorado del retiro, á otros que practicaban una pobreza « extrema, á otros finalmente que se entregaban de todo « corazon á los ejercicios de la caridad, y sin embargo

« cayeron en la ilusion con deplorables caidas, por no haber seguido las reglas de la discrecion en el bien que habian comenzado. »

Por esta misma razon, aun cuando sus austeridades fuesen grandes, cedia sin pena y sin envidia á otros que las hacian mayores que él. Su principal cuidado era crecer en el amor de Dios, y se habia perfeccionado en esto tanto que se citan de él estas admirables palabras: *Yo no temo ya á Dios, sino que le amo*; lo cual no decia él por una vana presuncion, sino por un trasporte de amor y por una natural efusion de esta ardiente caridad de la que estaba abraçada su alma.

De ello dió una muy clara prueba cuando el emperador Maximino¹ renovó la persecucion contra la Iglesia. El deseo de señalar su amor á Jesucristo le llevó á Alejandria, ó para sufrir allí el martirio, ó al menos para ayudar á los confesores á sufrirlo valerosamente. Exhortó á otros solitarios á hacer como él, diciéndoles: « Vamos á ese glorioso combate de nuestros hermanos, para sostenerlo con ellos, ó, « si no tenemos nosotros esta honra, para ser espectadores « de su triunfo. » En efecto, muchos monges le siguieron y como no podia él mismo entregarse á las persecuciones, por no ser esto permitido, servia á los cristianos condenados á las minas ó detenidos en las cárceles, y les seguia cuando eran conducidos á los tribunales, exhortándoles con intrépido zelo á sufrir constantemente el rigor de los tormentos.

El juez, viendo cuánto fortalecian en la fe á los cristianos las exhortaciones de los solitarios, les hizo prohibir el que permaneciesen más en la ciudad. Si no todos obedecieron, la mayor parte se ocultaron; pero Antonio lavó su

¹ Se trata de Maximino Daia que tuvo el gobierno de la Siria y del Egipto en 305, tomó el título de Augusto, en 307, y se envenenó en Tarso, en 313.

ropa para darse á conocer más y se colocó al día siguiente en un lugar elevado, á fin de que el tirano, al pasar, pudiese más facilmente apercibirse de él. Pero aun cuando el tirano le vió, y á pesar de que su intrepidez causó admiracion á todos los espectadores, Dios no permitió que le arrestaran, reservándole para realizar sus designios en la soledad. Asi que, despues de haber perseverado en servir á los santos mártires hasta la muerte de San Pedro, patriarca de Alejandria, que fué el ultimo que padeció en esta persecucion¹, volvió á su monasterio para condenarse en él á un género de martirio, cuya duracion compensó los tormentos que no habia tenido ocasion de sufrir.

Bajo este punto de vista, abrazó con más ardor que nunca los trabajos de la penitencia, ejercitándose en ella con la consideracion de los sufrimientos de los Santos, de que acababa de ser testigo. Encerróse nuevamente, resuelto á no salir más ni recibir á nadie en el lugar de su retiro; pero no pudo impedir el que recorriesen á él de todas partes, y Dios otorgó milagros á los que venian á implorar los socorros de sus oraciones, aunque él no se dejó ver ni siquiera permitia que le hablasen.

Entre otros, un oficial de guerra, llamado Martiniano, cuya hija era atormentada del demonio, vino á llamar por largo rato á su puerta, suplicándole que obtuviese de Dios su libertad. Antonio no le abrió, sino que solamente le dijo: « ¿ Porqué venis á turbar mi reposo? Yo soy hombre « como vos. Si teneis fe, orad á Dios, y él os concederá lo « que pedis. » Martiniano siguió este consejo y, habiendo « vuelto á su casa, encontró á su hija curada.

Viéndose expuesto sin cesar á semejantes peticiones, y temiendo tanto la tentacion de la vanidad cuanto el estar desviado de su retiro, determinó irse á esconder en las Bucos

¹ San Pedro de Alejandria padeció el martirio á 26 de noviembre del año 310. Cortáronle la cabeza.

lias en la Alta-Tebaida, en donde no habia más que hombres salvages de los cuales no esperaba ser conocido.

Mientras que en la orilla del rio esperaba un batel en el que pudiese embarcarse, oyó una voz que le dijo : « Antonio ¿ á dónde vas y cuál es tu propósito ? » Él respondió, « sin asustarse : « Voy á la Alta-Tebaida, porque aqui la gente me pide cosas que están sobre mis fuerzas y no me deja en reposo. » La voz le replicó que si seguia su intento, veria redoblarse sus penas ; pero que si queria gozar del reposo, se retirase al fondo del desierto, y que para esto no tenia que hacer más que juntarse con algunos Sarracenos ó Arabes que pasaban en aquel momento y que ellos le enseñarian el camino.

Obedeció y, despues de tres dias y tres noches de camino, llegó al sitio en el que Dios queria que fijase su morada durante todo el resto de sus dias.

San Jerónimo hace su descripcion en estos términos : « Es una montaña pedregosa de cerca unos mil pasos. « Brota á sus pies el agua, una parte de la cual es absorbida por la arena, y la restante que salta más abajo, forma, « poquito á poco un pequeño riachuelo, en cuya orilla se ven gran número de palmeras que contribuyen mucho á hacer este lugar cómodo y agradable ».

Llamábase esta montaña Colzin y más tarde se ha llamado la montaña de San Antonio. Allí reconoció él la morada que Dios le habia destinado y se estableció en aquel punto con tanto mayor gusto cuanto que solo los Sarracenos con quienes habia ido, lo sabian. Su celda era tan estrecha que solo contenia en cuadro el espacio que un hombre puede ocupar alargando los pies. Habia allí tambien otras dos del mismo grandor, talladas en la roca en lo alto de la montaña, á donde no se subia sino con mucha dificultad, por un sendero hecho en forma de caracol.

El santo retirábase en una de estas dos celdas cuando

queria huir el concurso de gente, pues no pudo permanecer por largo tiempo desconocido. Sus hijos espirituales le descubrieron despues de largas investigaciones y tuvieron cuidado de proveerle de pan ; pero queriendo él evitarles esta fatiga, les suplicó que le llevasen una pala de hierro, una segur y un poco de trigo con el que sembró una pequeña extension de terreno, lo cual bastó para su manutencion, experimentando una grande alegria por no ser cargoso á nadie.

Vese en la vida de San Hilarion que tambien hizo alli algunas otras obras ; porque, un año despues de su muerte, habiendo venido este Santo á visitar su morada, sus discípulos le condujeron por todos los sitios de la montaña, diciéndole : « ¿ Veis ? aqui acostumbraba cantar salmos ; en este otro punto oraba ; en este otro trabajaba ; en este otro descansaba cuando estaba fatigado. Él mismo plantó esa viña « y esos arbolitos ; él mismo hizo esa era ; él mismo cavó « ese depósito con mucho trabajo para regar su jardin ». Dijéronle tambien, mostrándole este jardin plantado de arbolitos y lleno de legumbres que, tres años antes, habiéndoselo destruido unos asnos salvages que iban alli á beber, mandó al primero que se detuviera y, golpeándole suavemente en el costado con su baston, le dijo : « ¿ Porqué comes tu lo que no has sembrado ? » y que desde entonces estos animales no volvieron á hacerle estragos.

No sucedió lo mismo con los espíritus malignos que más que nunca inficionaron aquel lugar, ya fuese para espantarle ya para obligarle á cedérselo. Tan pronto dejaban oír en él grandes ruidos de voces confusas y como de gente de armas que chocaban unas contra otras, como se le aparecian en figura de bestias salvages ; y en cierta ocasion en que estaba orando, juntaron en torno suyo tan gran número de ellas que tuvo motivo de pensar que quizás no quedaba una sola en todo el desierto. Reconoció, sin embargo,